

Los cuatro príncipes y el árbol *semal*

Basado en un relato de los Cuentos Játaka

Hace muchos cientos de años un rey sabio y benévolo llamado Brahmadata reinaba en la ciudad sagrada de Varanasi. Este rey tenía cuatro hijos jóvenes, todos llenos de energía, ansiosos por aprender y listos para la aventura. A estos cuatro muchachos no había nada que les gustara más que explorar Varanasi y sus colinas y bosques circundantes.

A lo largo de sus tempranas vidas los príncipes habían escuchado relatos, narrados por su padre, su madre y toda la gente que conocían, sobre un árbol *semal*, o árbol de algodón sedoso rojo, que se alzaba en el corazón del inmenso bosque al sur de Varanasi. Se decía que este espléndido árbol era de enorme tamaño, simetría perfecta y estaba cargado de flores del color de las granadas.

Cada uno de los príncipes quería ser el primero de sus hermanos en ver este exquisito árbol en flor. Fue así como, una mañana al comienzo de la primavera, el mayor de los príncipes llamó al cochero del rey antes de que saliera el sol.

—Por favor llévame al bosque —dijo el príncipe—. Quiero ver yo mismo el antiguo árbol.

No fue un viaje sencillo. Durante horas el carro tirado por caballos se internó más y más en lo profundo del bosque. Cuando los caballos se detuvieron para descansar, el príncipe siguió a pie. Estaba decidido a encontrar el árbol. Finalmente llegó hasta el corazón del bosque... y allí lo vio: un tremendo árbol *semal* con hermosas curvas en sus ramas. Excepto que —y sus ojos se abrieron desmesurados— ¡las ramas estaban desnudas!

El príncipe caminó varias veces alrededor del árbol, observando las ramas vacías, de color café oscuro. ¿Dónde estaban las flores? Ese árbol no parecía especial. ¡Se veía marchito! Perplejo, regresó al palacio.

Unas semanas después el segundo príncipe le pidió al cochero real que lo llevara al bosque para ver el árbol *semal*. Al llegar a la parte más densa del bosque, su emoción aumentó. Sabía que estaba cerca. Más arriba había un claro y pudo distinguir una tenue fulguración roja. El aire estaba lleno del zumbido de las abejas y el piar de los pájaros. Avanzó corriendo.

Allí, al penetrar el claro, se alzaba imponente el árbol frente a él. ¡Qué espléndido era! De unos cuarenta metros de altura, estaba cargado de flores que brillaban con un rojo rubí a la luz del sol. Pájaros de toda especie se deleitaban con el néctar de estas flores. Encantado, el príncipe se tendió bajo el árbol mirando hacia arriba su esplendor. ¿Qué dirían sus hermanos cuando supieran que había encontrado el árbol *semal*? Imaginaba sus reacciones: su sorpresa, su asombro. Luego dudó. “Tal vez espere para decírselos”, pensó. Quería saborear él solo esta vista, al menos por un rato.

Dos semanas más tarde, el tercero de los príncipes viajó al bosque en busca del legendario árbol *semal*. Para su sorpresa, el joven encontró un árbol común. Tenía una hermosa silueta y brillantes hojas verdes en abundancia, pero no se veía ni una flor. Miró al cochero:

— ¿Estás *seguro* de que este es el árbol correcto? — El hombre asintió—. ¡*Vaya!* — dijo el príncipe, viendo el árbol una vez más. No tenía nada de extraordinario. El príncipe se sentó por un momento bajo la sombra refrescante del árbol y luego, decepcionado, regresó al palacio.

Finalmente, el más joven de los príncipes decidió internarse en el bosque. Cuando *él* llegó al corazón del bosque, vio el enorme árbol *semal* cubierto no de flores, ¡sino de cientos de vainas de semillas! Algunas de las vainas colgaban de las ramas como pálidos dedos verdes y otras tomaban un tono marrón, reventando para mostrar pequeños montones de algodón blanco y mullido. “¡Caray!” dijo el príncipe en voz baja. Justo entonces, hubo una suave brisa y un poco del algodón voló con el viento. El joven príncipe persiguió las semillas aladas alrededor del árbol, riendo mientras trataba de atraparlas. Se llenó las manos de todo el algodón que pudo tomar y lo llevó de vuelta al palacio.

Al ver a sus hermanos, el joven príncipe los llamó:

— ¡Adivinen qué! —les dijo—. Acabo de ver al árbol *semal*. ¡Y miren lo que encontré en él! —dijo, mostrándoles un puñado de semillas que reventaban de algodón.

— Eso no podría ser del árbol *semal* —dijo el hermano mayor—. Vi ese árbol hace tres meses y no tenía más que ramas secas.”

— Cuando yo lo vi —dijo el segundo príncipe—, ¡estaba completamente cubierto de flores, flores rojas y brillantes! ¡Miles de ellas! Estaba esperando para contárselos.

— Debes haber estado soñando —dijo el tercero de los hermanos—. El árbol *semal* tenía hojas, solo hojas, como cualquier otro árbol.”

Los hermanos se miraban unos a otros, desconcertados. Cada uno estaba seguro de su propia experiencia; pero también sabían que sus hermanos no hablarían con falsedad. Finalmente, el segundo príncipe dijo:

—De seguro vimos árboles distintos—.

Su padre, el rey, había presenciado toda esta conversación desde la puerta. Entró, sonriendo, y dijo:

—Cada uno de ustedes *vio* efectivamente el árbol *semal*. Solo que lo vieron en diferentes épocas.

—No comprendo, querido padre —dijo el príncipe mayor—. —Por favor dínos más—.

—El árbol *semal* se renueva a lo largo de la primavera. En el mero comienzo de la primavera, tiene las ramas desnudas. Después florece. Más tarde se cubre de hojas. Y finalmente, suelta el algodón. Pero el árbol, en esencia, es el mismo—.

El rey miró a sus hijos con amor. Lentamente, los príncipes asintieron, con los rostros resplandeciendo por el nuevo entendimiento.

—Vengan —dijo el rey, despeinando el cabello de su hijo más joven—. —Vamos todos juntos a ver el árbol *semal*—.

Los Cuentos Játaka son una compilación de más de quinientas fábulas y anécdotas, que datan del 300 a. C. al 400 d. C., y narran las múltiples encarnaciones anteriores del Señor Buddha. Estos relatos ensalzan las virtudes del Bodhisattva tanto en sus encarnaciones humanas como animales.

Narrado por Rashmi Smith
Ilustración Mwenda Kudumu
Diseño y formato Hira Tanner

© 2017 SYDA Foundation®. Derechos registrados.